



XIV

Al fin, logré romper el cerco misterioso, no sé si á la undécima ó á la duodécima tentativa, y penetrar en el encantado recinto. Allí estaba el santón pomposo, repantigado en alto y bien mullido sillón, sobre peluda alcatifa, algo raída á trechos y no del todo limpia, entre cónicos cestos de papeles rotos, medio embudido en la panza de un escritorio negro, cerca de una chimenea, negra también, debajo de un retrato de la soberana, y con un puro de á tercia entre los labios.

Soltó unos papelotes que examinaba cuando yo entré; y tomando con la zurda el cigarro que chupaba, díjome, sin hacer caso de las palabras de cortesía que, pálido y temblando, le dirigí:

—Ya sé que anda usted por aquí á menudo. ¿Qué se le ocurre?

—¡Buenas y gordas!—dije para mí, sin-

tiendo á modo de un escalofrío en todo el cuerpo; y respondí en voz alta y tartamudeando:

—Pensé que Vucencia (no me apeó el tratamiento) recordaría lo que tuvo á bien ofrec... prop... digo, indicarme en mi lugar... Por eso vine desde allá hace tres semanas...

—Creo recordar, en efecto, que, deseando usted un destiniillo, le prometí hacer algo en su favor.

—Eso es,—respondí, con el alma á los pies.

—Pues estoy en ello, señor Sánchez, estoy en ello—añadió serio y aparatoso, y dejando caer sus palabras como si me las diera de limosna;—pero no puedo en estos días... ¡no puedo!... ¡no puedo!... Veremos si un poco más adelante... Vuélvase usted por ahí á menudo para recordármelo...

En esto, cogió otra vez los papelotes, llevó de nuevo el cigarro á la boca; y viendo que yo permanecía enfrente de él atusando la felpa del sombrero,

—¡Vuélvase, vuélvase!—me dijo casi en el mismo tono con que se echa un perro á la calle.

En virtud de lo cual, hice una reverencia y salí, temblándome las piernas y viendo chiribitas delante de los ojos.

¡Qué hombre, Dios mío! Bien que no me cumpliera lo que me había ofrecido; pero ¿por qué me trataba con aquella frialdad y aquel desdén? ¡Ni siquiera las buenas palabras y la afabilidad de otras veces! ¿Le cogería en mal cuarto de hora? ¿Le abrumaría el peso de los negocios? ¿Le habrían incomodado mis asedios? ¡Pero si él me los aconsejó en mi lugar... y acababa de aconsejármelos de nuevo; y por eso precisamente había ido yo á Madrid, y desvalijado á mi padre y á mis hermanas, y estaba gastando lo que no me pertenecía! ¿Cómo me callé como un idiota, cuando pude haberle confundido respondiéndole esto y lo otro y lo de más allá! Pero bien mirado, mejor era así, porque si se sulfuraba de veras y me cerraba las puertas y renegaba de mí... Después de todo, estaba al comienzo de la empresa; y con un poco de tacto, mucha paciencia, otra visita á Clara que, al cabo, era lo más atento de la familia... Y con esto, y mucha fuerza de voluntad y el apego que iba tomando á la corte, consoléme; y tan pronto como llegué á la posada, escribí á mi padre diciéndole que el asunto marchaba bien, aunque despacio; que el señor don Augusto acababa de repetirme, después de colmarme de atenciones (como me colmaba toda su familia, cada vez que la vi-

sitaba), que no me olvidaba un momento, y que pronto me daría pruebas de ello...

Verdad que aquel día andaba yo un poco preocupado con una empresa que debía acometer por la noche; la cual empresa consistía en bailar por primera vez en Capellanes, considerándome ya muy apto para ello, no sólo por el propio convencimiento, sino por el dictamen de mis amigos y compañeros de hospedaje, uno de los cuales, al son de la flauta que tocaba otro, me había dado las necesarias lecciones prácticas de baile en la salita de la posada, que estaba siempre á disposición de los huéspedes y de los amigos de los huéspedes, que eran muchos, aunque ninguno de ellos valía á mis ojos lo que Matica.

Este endiablado extremeño me sorbió los sesos desde el día en que le conocí. Me daban miedo su frialdad de espíritu, su imperturbable continente, lo crudo de sus ideas políticas, su fe sospechosa, las liviandades de su obscena musa, y su lengua acerada y mordicante; pero me arrastraban cautivo los donaires de su conversación, su altísimo ingenio, su frase castiza y pintoresca, su elocución fácil y sobria, la originalidad de sus juicios, el vigor artístico con que los imponía y acreditaba, y, sobre todo, la agudeza, fluidez y gallardía de sus versos incomparables.

Hasta su cuerpecillo delicado, por lo armónico de sus partes y el aseo y buen gusto con que le ataviaba, me atraía.

¿Cómo, cuándo y de qué nació la estimación en que me tuvo desde que nos tratamos superficialmente en la posada, y la cordial y bien notoria amistad en que esta estimación se convirtió después? ¿Conoció la admiración que yo sentía por él y halagó esto su vanidad? No es creíble en un mozo de tan superior entendimiento. La razón del cariño subsiguiente, ya es más obvia: hice de él, poco á poco, mi guía y mi consejero en todo lo intelectual y recreativo; y como no pecaba yo de impertinente ni dejaba de sacar fruto de las lecciones recibidas, Matica se complacía en dármelas á cada instante; de la cual manera nació en nosotros el mutuo y arraigado afecto que á menudo se ve entre un maestro entusiasta por la profesión, y un discípulo dócil y muy aprovechado, sin que la intensidad de este afecto altere las distancias ni confunda las jerarquías.

Debía yo á Matica, entre otras atenciones delicadas, la de no traer á cuento jamás, en nuestras particulares conversaciones, las verdades crudezas de su especial humorismo; no sé si porque conocía mi repugnancia instintiva á ese género de desnudeces, ó por no des-

prestigiar delante del discípulo su autoridad de maestro. Inclínome á lo primero, porque se aviene mejor con una cualidad, especie de pudor artístico, que brillaba en Matica como una de las mayores contradicciones aparentes de su carácter. Es, pues, de saberse, que aquel empecatado mozo que en la intimidad de sus amigos, de sobremesa ó en la de un café, despellejaba con una frase la honra mejor acorazada, ó enrojecía á la misma desvergüenza con una copla indecente, no podía sufrir una palabra mal sonante en medio de la calle, ni un pasaje de sospechosa pulcritud en un periódico ó en un libro ó en el teatro; detestaba la zarzuela, y no había que mentarle los bailes públicos. Llamo yo á esta cualidad «aparente contradicción» de su carácter, porque cabe en lo humano, y hasta es usual y corriente, tener el sentimiento de lo bello, admirar el orden y todas las virtudes fuera de casa, y pecar del vicio contrario dentro de la propia. Juraría que en los mejores códigos del mundo han andado algunas manos así.

He vuelto á sacar á colación á Matica, porque desde la hora y punto en que las despabiladeras de mi protector me demostraron bien claramente que mi pleito, aun ganándole yo al fin, había de durar mucho, me

propuse sacar el mejor partido posible, en bien de mis gustos é inclinaciones, del terreno en que me hallaba y de los recursos que tenía á mi disposición. El principal de éstos era, á mi entender, Matica; y á él acudí tan pronto como hube satisfecho mi brutal antojo de estrenarme en Capellanes como danzante. Sucedió lo que yo esperaba: cogí un hartazgo de restregones y zancadas, y una ronquera al salir á la calle con la camisa pegada al cuerpo, los huesos macerados y las narices atascadas de polvo y de pelusa, y en ocho días no quise ni que me hablaran de semejante barbaridad. En descargo de mi conciencia, declaro que nunca fui gran devoto de ese pasatiempo, más propio de salvajes que de hombres cultos que se estiman en algo.

Ya he dicho que mi pasión dominante fué el teatro desde que le hube gustado por vez primera; pero aún lo fué en más alto grado en cuanto logré satisfacerla en compañía de Matica, el cual tenía entrada libre y asiento gratis en los principales coliseos de Madrid, por sus intimidades con poetas, actores, empresarios y periodistas, y era tan aficionado como yo á esta clase de entretenimientos. Digo que experimentaba en tales ocasiones y al lado del agudo extremeño nuevo y más sabroso placer, porque sus advertencias y juicios,

lo mismo sobre las obras que sobre sus intérpretes y accesorios escénicos, iban perfeccionando poco á poco mis rudimentarias y naturales aptitudes, depurando mi gusto, educando mi sentimiento y poniendo á su alcance y al de mi percepción las bellezas y los secretos del arte; comparaba pasajes con pasajes, obras con obras, autores con autores, comediantes con comediantes, géneros con géneros, estilos con estilos, y épocas con épocas; y de este modo iba haciéndome insensiblemente explorador y casi ciudadano de una región totalmente ignorada de mí hasta que la columbré por casualidad desde una galería del teatro de Variedades, y sin idea alguna de su extensión y riqueza hasta que el experto guía me puso dentro de sus linderos. Ví varias comedias del teatro antiguo, y leí muchas más, y hasta hube á las manos, siempre por mediación de Matica, los inapreciables *Orígenes*, de Böhler de Faber, en una hermosa edición de Hamburgo; con lo cual, los nombres de Naharro, Lope de Rueda, Juan del Encina, etc., me fueron tan queridos y familiares como los de Lope de Vega, Tirso, Moreto, Rojas y Calderón. No estaba tan boyante el teatro Español como en aquel siglo de colosales ingenios, en las humildes calendas á que me refiero; mas no por ello me merecían menos

respeto y admiración los escasos poetas que sostenían la patria escena con sus creaciones. ¡Cuán exiguo era el número de éstos, y qué escaso el positivo valor de la mayor parte de las obras!

Lo que más abundaba eran las traducciones y arreglos del francés; y como la zarzuela comenzaba á estar de moda, á perjeñar libretos de zarzuela se daban, no solamente los escritores que no valían para otra cosa, sino muchos de los que preferían á los lauros de Talía, el lucro positivo con que les brindaba la musa cascabelera de la Plaza del Rey.

Volviendo á lo interrumpido, digo que también me hablaba Matica, en ocasión oportuna, de las damas y caballeros que ocupaban las principales localidades. De muchas y de muchos sabía curiosísimas historias y anécdotas muy interesantes; y como el Madrid de entonces era pequeño, y relativamente exigua su *buena sociedad*, y á ésta pertenecían las gentes que eran «ornamento de los teatros,» y este ornamento no pasaba de ser un simple trasiego de un mismo público á diferente vasija, resultaba que con verme siempre entre las mismas personas y conocer las respectivas historias, parecíame estar viviendo en familia, lo cual doblaba á mis ojos el interés del espectáculo.

Que en muchos de ellos tropecé con la familia Valenzuela, no necesito decirlo. ¡Y de qué buena gana le hubiera dicho á Matica alguna vez: «Cuénteme usted algo de esas gentes!» pero el temor de que el desenfadado cronista confirmara mis recelos, y con ello deshiciera el castillo de mis esperanzas, me contenía. Lo extraño es que no se le ocurriera á él ese algo sin que se lo apuntara yo. ¿Me juzgaba, por lo que me había oído hablar de esa familia, recién llegado yo á Madrid, más ligado á ella de lo que en rigor estaba, y me guardaba la consideración de no desollarla viva delante de mí?... porque era imposible que aquellas gentes, siquiera Pilita y Manolo, no tuvieran flaco en que cebarse la acerada lengua de mi amigo.

Como el buen mozo del teatro de Variedades no solía faltar nunca entre los más asiduos concurrentes al palco de esta familia, pregunté una noche á Matica:

—¿Quién es ese?

—Ese es Barrientos,—me respondió.

—Y ¿quién es Barrientos?—insistí.

—Pues Barrientos,—insistió él también.

—Ya me entero.

—Pues no se dan otras señas, sin ofensa del que pregunta, del sol, de la lluvia, del aire; y ese mozo es aquí como el aire, como

la lluvia, como el sol; porque es Barrientos, nombre que tiene usted obligación de conocer, llevando dos meses de residencia en Madrid.

—Pero ¿es pariente de esa familia, ó amigo ó qué?... porque le veo muy á menudo con ella.

—Barrientos es un personaje que «revienta de buen mozo,» concepto que se lee en su frontispicio resplandeciente, tan pronto como se le mira; pertenece en cuerpo y alma á esa región de preferencia que se llama *gran mundo*; y tal es la fama de sus galantes proezas en él, que no hay familia en Madrid, con derecho á llamarse distinguida, si le falta, especialmente en público, la intimidad de Barrientos, el cual explota á maravilla las ventajas de tan alta preeminencia. Además, monta bien á caballo, y cuenta, según la fama, algunos triunfos de mérito en otros tantos *lances de honor*; tiene todas las grandes cruces, un cargo de lustre en Palacio, y, sobre todo, mucho dinero. Un dato que puede ahorrarle á usted una pregunta: á veces juega por tabla; quiero decir que no siempre que toma una posición, es para quedarse en ella, sino para batir otra con mayor comodidad.

Dime por enterado, y no pregunté más á mi amigo.

Recorriendo las calles se valía éste del mismo procedimiento para lo que llamaba yo *desasnar*, y él *ponerme al uso*. Delante de las librerías hablábamos de los libros de recreo, y especialmente de la novela, que entonces estaba menos que en pañales en la patria del *Quijote*. Me indicaba las menos malas entre el inmenso farrago de las traducidas, y las rarísimas buenas de las españolas, y hasta me largaba substanciosos párrafos sobre la historia y vicisitudes de este ramo de la literatura nacional, y me exponía sus caracteres propios, sus peculiarísimas condiciones, y los puntos en que debía diferenciarse una novela de costumbres españolas de las que con tal rótulo se exponían en los escaparates, escritas á destajo en perverso castellano, y vaciadas en moldes extranjeros, por *literatos* salidos de pronto del mostrador de una botica, y hasta de los talleres de los sastres. Pero en este particular, aunque me lo callaba muy bien, rara vez íbamos de acuerdo el maestro y el discípulo, no porque no reputara yo por muy cuerdos sus dictámenes, sino porque en lo referente á novelas, y como ya lo tengo advertido, contra lo que el buen sentido propio y el parecer de Matica me aconsejaban, entraba con todas; y cuanto más farragosa y más *novelón* era la obra, más me seducía. En

la comedia, en cualquier otro libro de imaginación, saboreaba la frase y el estilo, los daires y las filigranas; pero en las novelas, siempre los argumentos... ¡Ah, los argumentos!... Las sorpresas, lo desconocido... lo inesperado, las *anagnórisis*, que dijo el pedante: ¡sobre todo, las *anagnórisis*! Andar tres docenas de personajes, blancos unos, negros otros, éste banquero, mendigo aquél, duquesa aquélla, menestrала la otra; aquí un niño sin madre, allá un padre sin mujer, y media carta resobada, y el relato de un incendio, con un cadáver calcinado y un pastor que lo vió y se quedó mudo de repente, y es el único personaje que podía delatar al criminal, que es un caballero tétrico é intratable que vive en una quinta solitaria... ¡y el diluvio de cosas!; andar, digo, deslizándose todo ello, sombrío y altisonante al mismo tiempo, por las encrucijadas misteriosas del asunto, dejando un cabo suelto en cada bardal, quiero decir, capítulo; y cuando ya nadie se entiende allí, y la novela es un montón de acontecimientos y una maraña de personajes, y están las pasiones para reventar, las víctimas extenuadas de hambre, rotas y descalzas y á las puertas de la cárcel, y los pícaros con el fruto de su rapiña asegurado, y el pastor haciendo contorsiones delante del juez conmovido, para

romper á hablar, porque de pronto se descubrió un medallón ó una cicatriz en el pecho del niño desvalido, ó una marca con corona en el pañuelo de la menestrala, los rencores se calman, el acero se cae de las manos; el hombre malo prorrumpe: ¡hijo mío!; el hijo: ¡padre!; la duquesa: ¡hija!; la menestrala: ¡madre mía!, confundiendo todos en un cuádruple abrazo, mientras el pastor exclama con un bramido formidable: ¡bendita sea la providencia de Dios!, y el juez, soltando la vara, repite, mirando al cielo: ¡bendita sea! ¿Hay nada más dramático y conmovedor? Todos estos lances me ponían á mí carne de gallina, me oprimían el corazón y la garganta, y arrancaban mudas lágrimas de mis ojos.

Pues no digamos nada de las de intriga caballeresca, y las románticas de amor fino, como una que todavía recuerdo, en un tomo colosal, si no eran dos, obra de la triste imaginación de un poeta muy sonado en aquellos tiempos, no sé si por lo resonante de su firma ó por lo mucho que gemía en verso y en prosa en *Liceos* y en periódicos. Titulábase la novela *La enferma del corazón*; y á pique me puso su lectura de padecer yo la misma enfermedad que la heroína. De *El judío errante*, *Los misterios de París*, *Los tres mosqueteros* con todas sus consecuencias, *El hijo*

del diablo, *El conde de Montecristo*, y otras que por entonces imperaban en el gusto público, no necesito decir hasta qué extremo me emborrachaban.

De líricos, tampoco andábamos sobrados; pues los buenos, ó estaban ausentes de España ó dados á la política ó tenían enfundado el laúd; y de los malos no quiero hablar, aunque mucho me habló de ellos Matica para ponérmelos por ejemplo de lo abominable y vitando.

Á todo esto, tenía yo un memori6n colosal, y una singular disposici6n para asimilar me el estilo y la estructura de las obras ajenas. Y lo declaro aquí, porque en virtud de esta memoria y de este poder de asimilaci6n, en poniéndome á escribir hací cosas que me asombraban; y, sin embargo, no valían dos pitos, como me lo demostró Matica en más de una ocasi6n y con motivo de pedirle yo su parecer sobre lo que había hecho.

—Esto es de Bret6n,—me dijo una vez.

Juré lo contrario creyendo jurar verdad; pero me dejó confundido recitándome una letrilla del famoso vate, de la cual era la mía un remedo. Sin embargo, yo no había pensado en la una al escribir la otra, y así lo afirmé.

—Lo creo—replicó mi censor,—porque

hasta ahora no ha hecho usted sino engullir, amontonar en el almacén de su memoria; y de ese montón es lo que sale, por su propio peso, en cuanto abre usted la puerta, creyendo abrir la del ingenio. No hay que confundirlas.

Otra vez resultó calco de Zorrilla lo que yo presenté á mi amigo como de propia cosecha. Entonces me dijo:

—Por esto, por lo otro y por todo cuanto conozco á usted, le aconsejo que no caiga por ahora en la tentación de echar á la calle sus engendros poéticos; pues si entre los ignorantes ganaría algún lauro de alquimia, los entendidos le molerían á palos. Y digo «por ahora,» porque quizá más adelante, cuando haya adquirido mayor caudal de ideas propias, si es que las hay, y digerido bien las ajenas, logre vencer con ello el mal enemigo de su buena memoria. Donde ésta sea el único almacén de la casa, jamás se producirán acabadas obras de arte, pues no puede haberlas sin la condición que las distingue y enaltece: la originalidad, el sello de fábrica. De distinto modo le hablara si tratáramos de la metralla periodística, ó de peroraciones de tribuno de ocasión, ó de cualquiera de esos empeños en que sólo se busca el efecto inmediato, y de los cuales no queda á las pocas

horas sino el recuerdo de sus relumbrones. Pompas de jabón. Por cierto que las hace usted primorosas cuando llega el caso. Tiene usted hermosa voz, fácil y bien acentuada palabra, mirada firme y valiente, gallardas actitudes... en fin, cuanto se necesita para hacerse oír, arrancar aplausos y falsificar la razón cuando se habla sin ella. Lo he observado en sus porfías de sobremesa y del café de la Esmeralda. Y no le pese de ello, que estas dotes, que acaso le envanecen poco por no habérselas tasado yo en mucho, no se adquieren á ningún precio, y pueden llegar á ser eminentísimas, al paso que las otras, que tanto ambiciona, se consiguen á veces por hombres como usted, ó, cuando menos, algo que las aparenta y ofrece sus mismos goces. Conque ánimo, y no le ofendan mis claridades, que yo no puedo ser de otro modo. Si le tuviera á usted por ladrón, lo mismo se lo diría.

A veces interrumpía sus razonamientos para enseñarme, con las ilustraciones y comentarios de costumbre, un literato de nota, un personaje político ó una mujer de historia que acertase á pasar por la acera de enfrente; ó un edificio notable, un pecado de ornato, un buen mozo famoso, ó un desdichado sin vergüenza, de gran celebridad, no ya en

Madrid, sino en toda España. Entonces la gozaba un grotesco personaje llamado *Don Pepito*, como la gozó luego *Cepedita*; no sé quién después, y últimamente *el perro Paco*.

De esta manera hablábamos de todo lo imaginable y mucho más, y siempre había para cada cosa su merecido en el inagotable saco del mordaz extremeño.

Entre tanto, yo que nada le ocultaba y me complacía en oírle hasta cuando fustigaba mis debilidades y resabios, no le había dicho todavía el verdadero motivo de mi estancia en la corte. Sólo sabía de mí que era un montañés de pocas rentas, que había ido á Madrid por asuntos particulares. Lo mismo que sabían en la posada y en casa de Balduque. ¡Singular escrúpulo el mío!



XV

LA educación que me daban los estudiantes mis paisanos, era, como se habrá visto por alguna muestra ya exhibida, muy diferente de la que recibía del extremeño.

La cátedra de café, en el de *La Esmeralda*, era diaria, y desde que acabábamos de comer hasta la hora de ir á otra parte, ó hasta que se disolvía la tertulia por cansancio. La asistencia al café era entonces, y creo que continuó y continúa siéndolo, una verdadera necesidad para la gente madrileña: no he visto pueblo más aficionado á cocerse en el *baño de María*; que no otra cosa es un salón de aquéllos, donde el aire se corta, por lo espeso, el calor asfixia, y el rumor de voces y cuchareteos y el bullir de entrantes y salientes, aturden y marean.

Por lo común, no se habla en los cafés, sino que se disputa, ó, por lo menos, se gri-

ta, pues de otro modo no podrían entenderse los interlocutores. Sin duda por esto no se trata allí cuestión que valga dos cominos, y se echa la lengua sobre nimiedades que se presten á la zumba, ó sobre temas que, por su propia naturaleza, traigan aparejada la pasión con todas sus legítimas intolerancias y voceríos. Hay quien da como causa de esto la calidad de los asistentes á esos concursos: estudiantes, artistas, empleados de poco sueldo, jubilados y cesantes, haraganes empedernidos, gentes, en fin, alejadas, por hábito y por necesidad, de los estudios serios y de los negocios graves.

Sea lo que fuere, es lo cierto que hay hombres para quienes esas tertulias son la primera necesidad de la vida, por la taza de café, por las luces, por la bulla, por la concurrencia, por el periódico, por el olor de la atmósfera avinagrada y pegajosa, por el piloncito, ó caramelo, ó terrón sobrante, según el uso; por cada una de estas cosas y por todas ellas juntas. De estos hombres era un tal Agamenón, que se arrimaba algunas noches á nuestra mesa. Era grandote y áspero; áspero de todo: de voz, de genio, de pelos, de cutis, de palabras y de meollo. Había sido teniente de movilizados, contaría á la sazón medio siglo, era manchego y solterón, y lle-

vaba veinte años en Madrid comiéndose descansadamente el escaso producto de unos censos ó cargas de justicia, ó no sé qué. Con un periódico en la mano y otro debajo de las posaderas «para después,» la taza de café y la copa de ron delante, tan pronto sorbía, como leía, como estornudaba, como metía cucharada en la conversación, ó la manaza libre en el platillo de acá ó de allá, donde hubiera terrones de azúcar sobrantes.—«Hágame,»... decía en tales casos, y cuando ya tenía la zarpa en la presa; y lo mismo decía después de quitarnos el cigarro de la boca para encender el suyo, ó el vaso de agua de la bandeja correspondiente, ó de tumbar con los hombros al más descuidado de los colaterales, mientras arrastraba la banquetta hacia aquel lado para hacerse más ancho lugar. «Hágame» era, pues, una abreviación de «hágame usted el obsequio;» y tanto la repetía, que le pusieron *Agamenón*:

Pues este Agamenón, amante bestial de Madrid, pero de Madrid *por fuera*, es decir, de sus casas, de sus calles, de sus plazuelas y letrinas y mercados, en suma, de cuanto se ve, se palpa y se huele andando todo el santo día de Dios á pata y á la intemperie, como andaba él, tenía la singularísima gracia de creer y afirmar que la culpa de que no

fuera Madrid la primera maravilla del universo, pues del mundo sublunar ya lo era en su opinión, la tenían «las infames provincias que la esquilaban sin caridad con subvenciones para esto y sueldos para lo de más allá; carreteras por aquí y puertos por el otro lado.» Es texto suyo, que le oí soltar muchas veces. Para aquel hombre singular, el dinero del Erario era del manantial de Madrid. Si, por ejemplo, se secaba un árbol de los pocos y malos que había y tenía él muy contados, exclamaba al relatar el suceso:

—Yo lo creo, ¡barraganes! En cambio, vaya usted por esas infames provincias, y verá bosques enteros de árboles como navíos... Para esas nunca falta dinero en el Tesoro de Madrid... Ya les daría yo... ¡barraganes!

Cuando nuestra tertulia se deshacía, ó cualquiera de las varias á que él se arrimaba, porque se arrimaba á muchas, íbase con *los suyos*, que eran cuatro ó cinco originales por el estilo, que se acomodaban en la mesa más cercana al mostrador. ¡Barraganes, y qué peloterías se armaban allí en cuanto Agamenón llegaba!

Como mis amigos le tenían bien estudiado, sacaban gran partido de él buscándole las cosquillas, que bien á la vista estaban.

Uno de ellos le dijo, la primera vez que yo le tuve delante:

—Presento á usted este caballero que acaba de llegar de provincias.

—Ya se le conoce—respondió el hombre, mirándome con mal gesto; y añadió:—Vendrá á lo que todos los de esa banda: ¡á medrar aquí á nuestra costa!

Cargáronme soberanamente la grosería, la voz, la cara, el gesto; el hombre, en fin, de pies á cabeza; tomé la cosa por lo serio, y le solté tal andanada, y tan de corazón, que yo mismo, que no recordaba haberme enfadado jamás, me asombré de lo mucho que se me ocurría y de lo elocuente que estuve. Aplaudiéronme los estudiantes con el piadoso fin de echar más leña al fuego en que se quemaba el otro, y lo lograron, porque Agamenón se puso hecho un jabalí, y solamente se le bajaron las cerdas y escondió los colmillos, cuando me vió dispuesto á pegarle un botellazo, si él por su parte trataba de acudir á razones de parecido calibre. Después revolvió la banqueta sin levantarse de ella, tumbando con las patas otras dos desocupadas; y se fué gruñendo, con un periódico en cada mano y el bastón debajo del brazo.

Explicáronme entonces mis amigos lo que

era aquel animal que parecía un hombre, y me pesó lo que había hecho; pero Matica, que estaba presente, aprobó en serio mi conducta y me saludó en broma como al Cicerón abrumador de aquel estúpido Catilina. ¡Y vaya si me dió cierta consideración entre las mesas circunvecinas aquel lance! y aun cierta soltura y como un poquillo de afición á la frase oratoria, para las sucesivas, pero amistosas controversias, en que tomaba yo parte muy activa con mis compañeros y paisanos. Á estos lances se refería Matica, sin duda alguna, cuando ponderaba mis «pom-pas de jabón.»

En cuanto al hombrazo aquél, volvió á la noche siguiente á nuestra mesa, tan fresco como si nada hubiera pasado entre nosotros, de lo que me alegré mucho, porque, sabiendo lo que era, me divertían sus originalidades.

Uno de mis amigos (el de la montera asturiana) tenía una novia. Comenzaron por hacerse gestos detrás de las vidrieras; siguieron las cartitas por debajo de la puerta, y concluyó la novia por franquear las suyas á mi amigo. Encarecíame éste los ratos que pasaba adentro, y yo no lo ponía en duda. Según él, todo era allí patriarcal y amoroso como una égloga de Garcilaso; todo sencillez, toda familia, en el sentido más dulce de la pala-

bra. La novia, Trinis, era un ángel *intus et foris*; su hermana mayor, Luz, un tipo de vestal romana, con las virtudes y el arreglo de una monja paulista; la madre, una santita de Dios, y su padre, un patriarca bíblico. Además, solían bajar algunas noches las del cuarto piso y subir las del segundo; y como había un piano regular en la sala, se bailaba los domingos, y en las noches de entre semana cantaba Luz tres melodías á cual mejor; en fin, que se pasaba allí muy bien el tiempo. Mi amigo se había tomado la libertad de anunciar mi presentación en aquella casa, á título de mayorazgo rico y soltero, que había ido á Madrid á ver el mundo, y ellas, que me conocían ya por haberme visto en la calle con él, esperaban mi visita con vivísimos deseos. De manera que con este solo motivo (sigue discurrendo mi amigo) yo no podía, *decentemente*, dejar de *entrar en la casa*. Además, me convenía, para ver y aprender un poco de todo, é irme instruyendo y soltando en los usos y procedimientos del trato social. Las reuniones eran de entera confianza; podía ir con lo puesto, sin gastar un ochavo: á lo sumo, un par de guantes de medio color, no por la casa precisamente, sino por mi propio lustre.

¡Grandísimo tuno! Lo que en mí iba bus-

cando era un cirineo que cargara en la tertulia con la cruz de toda la familia, para dedicarse él, con mayor fruto y sosiego, á la empresa que le llevaba allí. Pero me dejé presentar de buena gana, porque también yo pensaba que me convenía saber de todo, si estaba á mis alcances.

Si las hubiera habido en la casa, me hubieran recibido con volteo de campanas; y lo afirmo porque, á faltas de ese agasajo, me hicieron cuantos podían hacerme aquellas excelentes personas. «¡Tenemos tantísimo gusto!... ¡Pase usted!... ¡Más adentro!... ¡Aquí, en la butaca!... ¡No, en el sofá!... ¡Deje usted el sombrero!... ¡Trae esa luz al velador, Trinis!... digo, si no ofende á la vista... ¡La pantalla verde!... ¿Por qué se ha quitado usted el abrigo?...» Y yo, á todo esto, cabezada va y encorvadura viene, apretón de manos aquí, cumplido allá, sin saber á quién, porque toda la familia me rodeaba y se movía y hablaba á un tiempo; y en el sitio en que empezaba una de las hijas, concluía su papá: parecía que estábamos jugando á las cuatro esquinas.

Al fin se calmó aquello y nos sentamos todos: Trinis junto á mi amigo, en el rincón de la derecha; Luz á mi izquierda; su mamá al otro lado, y junto á ésta, en una butaca,

su papá. Y empezó la sesión con todas las majaderías y vulgaridades de costumbre, sobre si me gustaba Madrid, y cuánto tiempo hacía que había llegado; si le veía por primera vez; si echaba de menos á mi país; si tenía buenas noticias de mi casa...

El señor de la en que yo me hallaba (y comienzo por él porque le tenía enfrente), don Magín de los Trucos, era bajito y regordete, y muy corto de vista, de brazos y de cuello; tenía peluca y unos asomos de patilla rala y entrecana, recortada á la altura de los oídos. De allí para abajo, todo era moñete limpio.

—¡Conque de las Montañas de Santander! —exclamó con voz algo atiplada, enfilándome los anteojos y restregándose las manuzuelas.

—Para lo que ustedes me manden,—respondí yo, muy fino, golpeándome suavemente la boca con el puño del bastón.

—Por cierto—añadió don Magín cambiando de postura en la butaca y buscando con la voz los puntos más graves que podía alcanzar,—que la última vez que yo hablé de ese país, fué ocho años hace con mi pobre amigo Trigales, con motivo de necesitar éste una nodriza para su sobrina. ¡Qué coincidencias tan extrañas se ven en la vida! Tal como hoy hablamos de la Montaña, y quin-

ce días después se moría mi amigo de una pulmonía. ¡Vea usted qué casualidad!

No la veía yo tal; pero asentí á la exclamación con otra parecida; y saltó la señora de don Magín, y dijo:

—El año pasado me regalaron unas amigas mantequilla de las Montañas de Santander. ¡Qué rica era con el chocolate! Abundará mucho allí, ¿no es verdad?

Volvíme para responder á esta señora, y entonces reparé en que era el vivo retrato físico de su marido; y más que su mujer, parecía su hermana mayor, porque representaba más años que él, y aun era más barriguda y fuerte de voz, y quizá de barba.

—Es lástima—continuó,—que esa tierra no sea más conocida, porque me han dicho que es muy pintoresca, y está toda llena de pasiegas... y de peñascos espantosos.

Advierto que, por entonces, «todo Madrid,» incluso los literatos, tenían de la Montaña la misma idea que la señora de don Magín de los Trucos; el cual, sin darme tiempo para responder á lo expuesto por doña Arcángelas (que así se llamaba su mujer), díjome:

—Y de política, ¿qué tal se anda por allá? Mal, supongo yo; porque ustedes, atentos á sus rebaños, á sus boronas y á sus besugos... Hombre, ¡qué casualidad! el mismo día que

comí yo besugo la última vez, ahora por Navidad va á hacer un año, me tocaron cuarenta y dos reales á la lotería primitiva. Mire usted que es raro, ¿verdad? Pues como decía, aquí, en cambio, hallará usted los ánimos hechos una pólvora con eso de las economías de Bravo Murillo: unos, porque si no sabe lo que se trae entre manos; otros, porque si lo sabe con exceso, y que zurra y que dale... ¡y vea usted qué casualidad más raral el mismo día en que fué nombrado Bravo Murillo presidente del Consejo, cumplí yo sesenta y dos años y perdí la última muela que me quedaba en la boca... Por lo demás, caballero, aquí hallará usted una pobreza, si se quiere; pero confianza y buen deseo, como sabe muy bien su amigo de usted desde que nos honra con su presencia. Luego vendrán las chicas de la vecindad; y con éstas, que son también animadas de por sí... en fin, se pasa tal cual el rato.

Uno bien largo duró todavía este sabroso tiroteo del apreciable matrimonio, sin dejarme meter baza, siquiera con unos cuantos monoslabos de cortesía, mientras Trinis y su novio no daban paz á la lengua (muy bajito), ni á los ojos, y jurara que ni á las rodillas, y Luz se entretenía á mi lado jugueteando con los colgantes del cinturón de su vestido.

Al fin se marchó con mi venia don Magín, pretextando ocupaciones urgentes en su despacho, y poco después, con parecida excusa, su dignísima señora. Quedéme solo con Luz. Solo digo, porque Trinis y el estudiante se conceptuaban á solas también. Miróme Luz entonces, como diciéndome: «á tí te toca empezar,» y respondí yo con otra mirada, sin ocurrírseme cosa mejor que decirle.

No era tan «vestal» como me la había pintado mi amigo; pero sí resto muy agradable de algo parecido á ello. Estaba un tanto marchita y como trabajada por largos y malogrados deseos de cambiar de vida; pero aún eran bellos é insinuantes sus ojos, blanca y apretada su dentadura, y esbelto y bien con torneado su talle. En cambio, su hermana rebosaba de juventud y frescura. Era todo una guapa moza, quizá con exceso metida en carnes, por ser de talla menos que regular. Para *ángel*, como la había llamado su novio, me pareció demasiado maciza. Lo que era, sí, muy pegajosa; y eso bien á la vista estaba.

Como yo no rompía á hablar, lo hizo Luz con las generales de la ley; y en esto estábamos candorosamente entretenidos, cuando comenzaron á llegar los contertulios del cuarto y del segundo: entre todos, diez personas

por el estilo de las de la casa, en cuanto á pelaje y flacidez del atavío; pues en lo que toca á nutrición, si se exceptúa á Luz, que no pecaba de rolliza, la familia de don Magín era mucho más lucida que las otras, que se descomponían en cuatro papás (dos matrimonios, se entiende), cuatro señoritas y dos muchachones deslavazados, zanquilarcos, orejudos y narigones, de voz bronca y desentonada, y algo cortos de mangas y perneras, como que estaban en el período de *muda*. Eran estudiantes de San Isidro, con ánimos de *ir para* boticario el uno, y para ingeniero el otro, y comenzaban entonces á bailar *en familia*, para irse haciendo á la buena sociedad. En este punto, lo mismo que yo. Entre tanto, habían vuelto también á la sala don Magín y su señora, y me fueron presentando á todos y á cada uno de los recién llegados, á título de «caballero principal de las Montañas de Santander, soltero, que viajaba por recreo.»

Y ya la tertulia *en pleno*, y sin dejar que se sentaran los que aún estaban de pie, comenzó don Magín á dar recias palmadas y grandes voces para imponerse á la algarabía que reinaba allí; y empujando á éste y aperci biendo á aquél y haciendo que se sentara al piano una de las señoritas del segundo,

—¡Eal!—gritó cuanto pudo.—¡A bailar se va!

Después metió el velador del centro en el gabinete, y fué arrimando á la pared las butacas y cuanto estorbaba en la sala, que no era grande. Cubría su suelo embaldosado una estera de cordelillo, y colgaban de las paredes dos grandes cuadros bordados con felpilla (un *Divino Pastor* con su borrego, y un *Bautismo del Salvador en el Jordán*), obras ambas de las niñas cuando iban al colegio; un espejo sobre la consola, la cual sostenía dos floreros de trapo, un reló de centro y dos pastores de *casaritas*, cosa muy estimada entonces en Madrid; un grupo *al daguerreotipo*, de toda la familia, y un tirador de campanilla, ancha cinta de seda terminada en un anillo de latón dorado; la sillería era de caoba vieja y damasco de lana verde marchito, como la cinta y como el papel de las paredes, en cuyos ángulos había rinconeras con tazas y platillos de porcelana, toreros de barro y otras baratijas.

Rompimos el baile Luz y yo, por todo lo fino, y Trinis y su novio, que parecían el papel y la oblea por lo pegados que iban. Los demás se arreglaron como pudieron. Y así, con ligeros descansos y trocando las parejas (menos mi amigo, que no soltó la suya un

momento) y con dos melodías cantadas por Luz, bastante mal, hasta las once de la noche.

Al despedirme, empeñada ya mi palabra de volver «á menudo,» díjome Luz:

—Sé que es usted poeta, y me va usted á hacer un favor.

Asombréme de que tal supiera, y díjome que lo sabía por mi amigo. El tal amigo se había despachado á su gusto.

—Suponiendo que lo fuera—respondí yo,—¿qué favor puedo hacer á usted con serlo?

—Honrar mi *album* escribiendo algo en él.

¡Su album! En aquel tiempo estaba el album en todo su auge y en la fuerza de su esplendor. Todo el mundo tenía album, y al hombre más inofensivo se le enviaban á su casa para que «pusiera algo» en él, cuando no se lo metían por los ojos, de sopetón, para que en el acto escribiera «alguna cosa bonita.» Sin embargo, como la oferta del album era una patente de capacidad, había hombres que se pagaban mucho de esas ofertas, y hasta las solicitaban con intrigas. En descargo de mi conciencia, declaro que en aquella ocasión me infló un poco la vanidad la oferta del album de Luz á título de poeta, aunque me constaba que me había levantado ese falso testimonio el novio de su hermana. Acep-

té, pues (no sin remilgos y protestas de fingida modestia), y Luz me entregó el libro, ó mejor, el estuche que le encerraba.

Lleváronme casi en volandas hasta la puerta, donde puede decirse que se despegaron Trinis y mi amigo; y pregunté á éste en cuanto nos vimos en la calle:

—Pero, alma de Dios, ¿adónde piensas llegar (me tuteaba ya con todos mis compañeros de posada) por ese camino?

—¿Por cuál? —preguntó, á su vez, mi amigo.

—Por ese en que te he visto toda la noche con tu novia.

—Pues nos dejamos conducir tan guapamente.

—Ya; pero ¿hasta dónde?

—Hombre... pues todo lo más allá que yo pueda.—Y añadió, arrimándose mucho á mí:—¡Ay, Pedro Sánchez de mi alma! no me dejes, no me abandones. ¡Si vieras qué beneficio *nos* has hecho! ¡Sin tí no soy hombre: tengo que atender á todo; estar en todo, especialmente cuando no es noche de tertulia; ser joven atento y fino con los papás, y, al mismo tiempo, apasionado galán de mi novia; y como la familia ya sabe que lo soy, y en tal concepto me abrió las puertas, tendré que hablar de mis honestos fines, y apun-

tar propósitos para mañana, y deslizar noticias de mi familia y bienes; y esto no puede ser, porque me reiría yo de mí mismol... Pero estando tú... ¡oh! tú lo llenas todo: todos te miman, todos te escuchan y casi te adoran; y al amparo tuyo... ya lo has visto... ¡Ay, qué noche, Pedro Sánchez!

—¡Cáspita! —exclamé, apartando de un codazo al fogoso novio de Trinis,—¡pues me honras con el oficio que me das!

—¿Por qué no haces tú lo mismo con Luz?

—preguntóme, volviendo á arrimarse á mí.

—Pues yo contaba con eso, porque ella está deseándolo... ¡Y mira que es guapa!... y has-ta un poco sentimental, como á tí te gustan... ¡Y digo! al ver ella que un mozo de tu estampa... porque, sin adularte, la tienes de primera; y que, además, es mayorazgo rico que viaja para ver mundo, y quizá casarse á su placer... Vamos, que será las puras mieles. ¡Te digo que no merecerás perdón si desaprovechas la ganga!... Mira qué pronto se largaron los papás en cuanto te vieron arrimado á ella.

—Pero ¿en qué casa me has metido?—pregunté con la mayor ingenuidad á mi amigo, al oírle hablar así.

—Pues en una casa muy honrada,—me contestó.

—¡Mucho, cuando se consienten y hasta se preparan esas cosas!

—Así y todo. Óyeme. Del tipo de esta familia, las hay á centenares en Madrid: viven de una jubilación, de un destinillo, de una renta mezquina... de cualquiera cosa; pero viven, y no deben nada á nadie, y son buenas y hasta devotas. Pero tienen la manía de los novios para «las chicas;» y llega uno de éstos, y se va, y no vuelve; y no escarmientan; y reciben otro, ó le buscan, y se larga también, y aun se dan casos de llevarse algo que no tiene vuelta posible; y tampoco escarmientan: á otro en seguida; ¿es un estudiante? él acabará la carrera; ¿es un desdichado sin empleo? él mejorará de posición; ¿es un cadete? él llegará á general. Lo primero es que haya novio, ¡novio á todo trance! Aquí, donde me ves, hago el número cuatro de los que ha tenido Trinis á las barbas de sus adorados papás. ¡Sabe Dios el que harás tú en la larga lista de los de Luz, si te decides á requebrarla!... que sí te decidirás, por la cuenta que *nos* tiene.

El demonio me lleve si no me entraron ganas de estrellar el album que conservaba bajo el brazo, contra los adoquines de la calle, al oír al pícaro estudiante. No me había forjado yo grandes ilusiones con el recibimiento que

debí á la familia de don Magín de los Trucos, puesto que sabía que fueron la causa principal de él los falsos informes de mi riqueza dados por mi amigo; pero ¡tanto como escribir coplas por lo fino á una mujer así!...

—Pues tómalas como se te presenta, bobo— dijo mi acompañante respondiendo á estos reparos;—y ¡á vivir! Después de todo, ¿qué te importa si no te has de casar con ella? ¡Cuando te digo que *te resientes* mucho *del país!*...

Y era verdad que me chocaban extraordinariamente aquellas costumbres nunca por mí vistas ni soñadas.

Quando llegamos á casa y me encerré en mi dormitorio, mi primer cuidado fué abrir el estuche para ver el album. Tenía tapas forradas de terciopelo azul, con esquineros y el rótulo del centro dorados. Le abrí, y arriándome al velón, comencé á hojearle. Me asombré. Estaba lleno de todos los imaginables artificios poéticos. Había acrósticos hacia arriba, hacia abajo, de través, en diagonal, á la derecha y á la izquierda; estrofas en forma de cáliz, de guitarra, de cruz, de pirámide y de reló de arena; sonetos encerrados en orlas de pichones con guirnaldas en el pico; seguidillas encestadas... ¡qué sé yo! y el nombre de Luz en cada copla; y Luz cantada por todas partes: por los dientes, por los

ojos, por el pelo, por el talle, por la voz y por cuanto á la vista estaba y mucho más. Las firmas eran de Eduardo López, Arturo Díaz, Santos Perales, Alfredo Granzones, y así por el estilo. Yo elegí el cuello, por estar casi intacto en el album; y en cuanto me hube acostado, «discurrí» materiales para dos décimas, sin que se me quedara perdido en la memoria un solo voquible del catálogo usual y pertinente al caso: tornátil, ebúrneo, alabastrino, mórbido, níveo... nada se me olvidó. Al día siguiente escribí, á pulso y pareadas, las dos décimas; las separé con una flecha punta arriba, y firmé con mi nombre y apellido completos; que bien podían estar tranquilamente allí donde había tantos que no valían más que ellos, ni sonaban mucho mejor. Encima de todo escribí, en gruesa francesilla, que sabía yo hacer muy bien: *Al cuello de Luz*; y se lo llevé por la noche.

Ahora querrán ustedes saber en qué paró aquella historia. Pues paró en que, al cabo, «me declaré» (como decíamos entonces) á la hija mayor de don Magín de los Trucos. Pero ¿cómo no hacerlo, si me echaba unos ojos, y se arrimaba tanto, y me respondía de un modo!... Luego, aquellos estúpidos papás, lo mismo era vernos juntos, que nos dejaban solos, enteramente solos; porque la otra pa-

reja, cada día estaba más distraída y apartada.

Y una noche, saliendo, me dijo mi amigo sonriéndose:

—¿Piensas tú volver?

—¿Y tú?—preguntéle yo á mi vez, y también algo risueño.

—Yo no,—me respondió.

—Pues yo tampoco.

Y no volvimos más.

